

DE MADRIGAL.

361

CAPITULO X.

En que el alcalde de casa y córte don Luis Portocarrero, se encuentra con que nada tenia que hacer por lo pronto en la villa de Madrigal, con otros sucesos que se relatarán.

I.

Aquella misma noche llegó á Madrigal el alcalde don Luis Portocarrero con su adjunto escribano Cosme Pedralva y su reata de seis alguaciles pendencieros, cada uno de los cuales llevaba colgada del costado una tizona más grande que él, y que pudiera hacerle decir á un chusco, que el alcalde no llevaba seis alguaciles con espada, sino seis espadas con alguaciles.

Cuando el alcalde Portocarrero entró en el pueblo, estaba oscuro como boca de lobo, y se vió obligado á aporrear la puerta de la casa de ayuntamiento, hasta que despues de un largo aporreo apareció un alguacil lego, esto es, un alguacil de la villa, que asomando su cabeza por un ventanillo puesto allá junto al tejado, dijo con la voz más grosera y más insolente del mundo:

—¿Qué se les ocurre á estas horas? Si vienen á que se

les haga justicia, espérense á que Dios haya amanecido, se haya levantado el alcalde, y se les hará toda la justicia que fuere menester.

—Baje enhoramala, don Perdido, dijo despreciativamente el escribano Cosme Pedralva, si no quiere que mañana por la mañana le arrimemos un trato de cuerda á las ancas, que ponga el grito en el cielo y salte la sangre á los tejados.

—Me alegraría yo de saber quién es capaz de azotarme á mí en la villa, dijo el alguacil urbano, ó más bien villano, porque Madrigal era villa y no ciudad.

—Pues dad por recibidos medio ciento de los buenos, dijo con la voz fuera de tono el alcalde Portocarrero, porque le habia sacado de quicio la insolencia del alguacil municipal.

Siempre ha existido una gran antipatia, no sabemos por qué, entre el municipio y la justicia ordinaria.

En aquellos tiempos, un alcalde pedáneo de un villorro incógnito, se creia no menos que un rey, y no podia sufrir al alcalde realengo ó de casa y córte que creia llevar asido al rey por los cabezones.

Así es, que nada tenia de particular la insolencia del alguacil madrigaleño, que se creia no menos que el rey en persona; ni tampoco tenia nada de particular el disgusto de aquella seccion de la justicia ordinaria, que se componia del alcalde Luis Portocarrero, del escribano Cosme Pedralva, y de seis alguaciles apaleadores de rompe y rasga.

—¿Y quién es, dijo desde el ventanillo el de Madrigal, el que le vá á aplicar medio ciento de azotes en las an-

cas al ministro Anguila? dijo el alguacil villano con su insolente voz nasal llevada al colmo de la insolencia.

—¿Quién ha de ser, dijo con voz estentórea y terrible el escribano Cosme Pedralva, sino su señoría el señor alcalde de casa y corte de la real Chancillería de Valladolid, alcalde don Luis Portocarrero?

Nada se oyó en contestación á estas palabras.

El alguacil Anguila habia enmudecido como hubiera enmudecido un griego antiguo á la vista de la cabeza de Medusa. Pero lo cierto es, que apenas acabadas de pronunciar por Pedralva sus feroces palabras, feroces por la manera con que las habia dicho, y habiendo trascurrido cuando más seis segundos, se abrió de golpe la puerta de la casa de ayuntamiento, y apareció en ella un hombrecillo en paños menores, descalzo, liado en una tabardina y con un candil en la mano.

—¿Quién sois vos? dijo el alcalde Portocarrero soltando la carejada al ver aquella ridícula figura.

—¿Pues no he dicho ya, dijo con voz humilde y compungida el del candil, que yo soy Periquete Anguila?

—¿Y cómo diablos estais ahí, cuando hace un momento estábais junto al tejado?

—Señor, á mí me llaman Anguila porque me escurro y me deslizo, y en un cerrar y abrir de ojos, quien me vió aquí me encuentra allá.

—Pues que os llamen Anguila ó relámpago, y dadle gracias á Dios de lo pobre diablo y de lo divertido que sois, y de que yo lo tomo á risa y me olvido de lo de los cincuenta azotes.

—Pues mire vuestra señoría, dijo Anguila, que si

quien llama y á quien yo respondo es el señor don Rodrigo de Santillana, me manda su merced tratar de manera que no me queda hueso sano.

—¿Y quién os manda á vos, dijo benévolamente Portocarrero, que era un buen sugeto, y echando pié á tierra de su mula, insolentáros con quien no sabeis quién es ni lo que puede?

Y el alcalde, acompañado de su escribano y de sus alguaciles, que habian echado pié á tierra, se entró en el zaguan de la casa de ayuntamiento.

—Es, señor, que estamos llagados de estudiantes, dijo meticulosamente el corchete municipal: no hay noche en que no me despierten diez veces:—«Anguila, échate acá, que ya traemos el aceite hirviendo y te cenaremos; Anguila, pregúntale á las siete cabrillas qué hora es; Anguila, mira por donde anda la hija del tío Carcamales, que se ha perdido y dice su padre que anda en las costuras del manteo de un estudiante; Anguila, hijo, échate acá abajo para que yo me limpie las narices contigo, porque me he dejado el pañuelo en el seminario.»—Y eso, cuando no me sueltan una pedrada diciéndome:—«Allá vá eso, hermano Anguila, para que calientes el estómago, si como es muy probable te has acostado sin cenar.»—¿Qué sabia yo, si en vez de ser un respetabilísimo alcalde de casa y corte el que llamaba á la casa de ayuntamiento, eran los endiablados de los estudiantes que venian á darme matraca?

Riéronse todos, no ya solo por lo que habia dicho Anguila, sino tambien por la ridícula caricatura que representaba su persona, y el alcalde le dijo:

—Os perdono de vuestras impertinencias, por las razones que me habeis expuesto; pero vengamos á lo que importa: es ya la media noche, y necesito aposentarme yo, y que se aposente esta honrada gente de justicia que viene conmigo.

Apenas oyó esto el alguacil Anguila, fijó el candil por su extremo en una grieta de la pared, y se escurrió, perdiéndose de vista y volviendo á aparecer instantáneamente con algunas llaves puestas en una correa.

—Venga vuestra señoría tras mí, que en un cerrar y abrir de ojos va á estar vuestra señoría aposentado.

Y apretó á correr hácia fuera.

—¡Eh! ¡Ministro! dijo el alcalde Portocarrero, ¿á dónde diablos vais descalzo?

—¿Eso qué le hace? Voy allá al frente de la plaza.

Y desapareció.

—Alguacil divertido tenemos, dijo el alcalde Portocarrero adelantando hácia la salida.

—¡Eh! ¡Aquí, señor alcalde! ¡A los soportales de enfrente! gritó desde el otro extremo de la plaza la voz del alguacil Anguila.

—Ese hombre debe de tener familiar, dijo riendo el alcalde Portocarrero, y andando en la direccion que le habia marcado la voz de Anguila.

Decir que un hombre tenia familiar, era en el lenguaje de aquellos tiempos lo mismo que decir que un hombre tenia el diablo en el cuerpo, ó lo que es igual, que habia hecho pacto con el diablo. A esto daba con razón lugar la increíble é inaudita ligereza de Anguila.

Antes de llegar á la mitad de la plaza, sirvieron de

guia al alcalde y á su gente dos luces que Anguila tenia levantadas en las manos.

Cuando llegaron, vieron que aquellas dos luces provenian de dos velas de cera puestas en candeleros de metal.

—¿Quién vive en esta casa? preguntó el doctor Portocarrero al alguacil Anguila.

—Nadie, señor; esta casa es del ayuntamiento de la villa, estaba desalquilada desde hace algun tiempo, y en ella ha vivido desde que vino á Madrigal hasta que esta tarde se ha marchado, el señor alcalde de casa y córte don Rodrigo de Santillana.

—¡Ah! ¿Aquí ha vivido don Rodrigo?

—Si señor; y como se ha ido esta tarde, no se han sacado todavía ni las camas ni los muebles, por lo que vuestra señoría no tiene que ir á una posada, porque ya está preparado su aposentamiento.

En esto ya habian entrado en la sala baja donde hemos asistido anteriormente á la entrevista entre Aben-Shariar y don Rodrigo de Santillana.

Todo estaba en el mismo estado en que lo vimos entonces. Solo habia la diferencia, de que la mesa estaba completamente limpia de papeles; pero quedaban media docena de plumas en el gran tintero de mármol.

—Que se acomoden como puedan los alguaciles, dijo el alcalde Portocarrero á Pedralva; que suelten las bestias en el patio, y vos, añadió dirigiéndose á Anguila, ved si hay dos lechos para el señor Cosme Pedralva y para mí.

—Voy á hacer á vuestra señoría la cama que está allá

en aquel rincón, dijo Anguila dejando los candeleros sobre la mesa, y deslizándose con una velocidad increíble hacia el otro extremo de la sala.

—Para correo, valeis de oro diez veces más de lo que pesais, dijo el alcalde Portocarrero, á quien habia puesto de buen humor el rarísimo alguacil Anguila.

—Sébase vuestra señoría, dijo Anguila volviendo y golpeando los colchones de la cama, que más de una vez he llevado yo pliegos del señor don Rodrigo de Santillana al señor presidente de la Chancillería de Valladolid, sin echar en el camino más de media hora, y me he vuelto en otra media, sin descansar más tiempo que lo que han tardado en darme la contestación, y un momento para echar un cuartillo en la taberna que he encontrado al paso.

—Hacedme la merced de decirme, dijo Pedralva, que era el tunante más socarrón del mundo, si os disparan con arcabuz desde Madrigal cuando vais á Valladolid, y os vuelven á disparar desde Valladolid cuando volveis á Madrigal.

—Yo no lo sé, dijo Anguila; pero la verdad es, que en cuanto yo echo á andar, me entra un tal movimiento de piernas, que aunque yo quisiera andar despacio no podría; pero ya está hecha la cama del señor alcalde, y tan bien hecha, que apostaría cualquier cosa á que su señoría no ha dormido en cama tan bien mullida como en la que va á dormir esta noche.

—Pues aunque me pidan lo que me pidieren, dijo el alcalde Portocarrero, os tomo desde ahora por mi criado, solamente por el gusto de tener á mi servicio una ardilla.

—Pues advierto á vuestra señoría que va á tener un pleito enrevesado con el corregidor y los veinticuatro de la villa, que no me sueltan á tres tirones. ¡Bah, bah! Como Madrigal ha sido muchas veces dotes de reinas, tiene el privilegio de villa, de voto en córte, en mancomunidad con Medina del Campo y Arévalo; Madrigal es una muy noble é ilustre villa, señor alcalde, tiene alcázar, y en él vivió mucho tiempo la señora reina doña Isabel, de gloriosa memoria, cuando era infanta. Madrigal la crió, y la cercana villa de Medina del Campo la vió morir en su castillo, y el guion y la manguilla y los clérigos y los regidores y toda la gente de Madrigal, fueron á la hora á acompañar el entierro de la reina; si no, ahí están el tío Perote y el tío Rodajas, que el uno tiene noventa y cinco años, y el otro ciento, que llevaron cirios en el entierro, y que cuentan maravillas de la riqueza y de la pompa con que asistió la villa de Madrigal al entierro de la reina Isabel.

—Gran reina, gloria y orgullo de España, dijo el alcalde Portocarrero.

—El tío Perote y el tío Rodajas lloran cuando hablan de ella, dijo Anguila, y dicen que en los tiempos de los señores Reyes Católicos, nadie maltrataba como ahora á los pueblos, y que cuanto más pobre era y más desdichado el que iba á pedir justicia á la reina doña Isabel, con tanto mayor gusto y más paciencia, y como una madre le oía su alteza.

—En cambio, dijo el doctor Portocarrero poniéndose serio, los pueblos no estaban tan discolos como ahora, ni era menester comisionar especialmente un alcalde de

casa y córte para poner en temor de Dios y del rey á una villa de mil vecinos como Madrigal.

—Los estudiantes y los frailes y las monjas tienen la culpa, saltó Anguila, que si los padres agustinos no dieran alas á los estudiantes, y la señora doña Ana de Austria no quisiera que las imágenes de su convento y las de los frailes tuvieran más privilegios que las de la parroquia y las de las capillas y oratorios de la villa, no se hubiera armado la zalogarda que se armó el 15 de agosto último entre los estudiantes y los tejedores, sobre si se habia de esperar Nuestra Señora de la Soledad á que pasase Nuestra Señora de las Azucenas, ó que se esperase ésta. Por cierto que todavía me está á mí doliendo un hombro del descomunal cintarazo que me apretó en aquella zalogarda el bachillerote Corchuelos, y que si algo siento en este mundo y sentiré mientras viva, es que no hayan ahorcado ó echado por lo menos á galeras, que bien lo merece, al tal diablo de bachiller, que es el estudiantón más malo del seminario.

—Pues descuidad, maese Anguila, que ya os saldreis con vuestro gusto, si yo encuentro méritos en lo que el señor Corchuelos hubiere hecho para ahorcarle ó enviarle á galeras, ó á donde fuere menester.

—Pues tendrá vuestra señoría que esperarse á que se arme otra barahunda; porque en lo tocante á lo del 15 de agosto, ya no hay nada que decir.

—¿Cómo es eso? ¿Pues á qué vengo yo á Madrigal sino á terminar con eficacia los procesos que haya dejado pendientes en la villa mi compañero don Rodrigo de Santillana?

—Es que en la villa no queda por desgracia ningun proceso pendiente, ni hay un solo preso en la cárcel, y vuestra señoría tendrá que estarse con las manos cruzadas hasta que caiga qué hacer, que no tardará mucho; porque los benditos de los estudiantes son la piel del diablo, traen locas á las mozas, y están picados con los del pueblo, y los del pueblo con ellos.

—¿Cómo es eso? dijo el alcalde Portocarrero.

—Como que el rey nuestro señor ha indultado por una real carta de gracia y por la intercesion de su sobrina la señora doña Ana de Austria, á todos los que fueron presos por el alboroto del 15 de agosto.

—Pues ya que el rey nuestro señor ha sido misericordioso con ellos, el primero que caiga paga por todos, dijo el alcalde Portocarrero; idos con el señor Cosme Pedralva, y acomodadle bien. Buenas noches, y hasta otro dia.

—Dios dé á vuestra señoría muy buenas noches, dijo Anguila, y salió con el escribano, y con una de las luces que tomó de sobre la mesa, dejando solo al alcalde, de quien se despidió Pedralva de una manera familiar, aunque respetuosa, como se despiden dos antiguos conocidos.

II.

Como el alcalde habia trasnochado, se levantó un poco tarde, es decir, á las siete de la mañana estaba entre sábanas, y no eran menos de las nueve, cuando lavado y vestido, tomó su vara, y acompañado de Pe-

dralva y de dos alguaciles, se dispuso á salir para presentarse en el pueblo y dar á conocer con su presencia que no por haberse ido de Madrigal don Rodrigo de Santillana, dejaba de haber alcalde de casa y corte en el pueblo.

Apenas el alcalde Portocarrero habia salido de su alojamiento, cuando vió venir como un rehilte, con su traje y su varilla negra de alguacil al inolvidable Anguila.

—Señor alcalde, dijo llegando junto á él y quitándose su gorrilla; ya tiene vuestra señoría ocasion de sentar la costura á su placer al bachilleron Corchuelos; ¿ve vuestra señoría lo levantado que tengo este carrillo, y lo colorado que debe estar, porque me echa fuego?

—Sí, hombre, sí; ¿qué os ha sucedido?

—Nada, señor alcalde, dijo Anguila creciendo en la indignacion con que habia empezado á hablar; esto no es más que una bofetada de las de á diez quintales, que me ha disparado el susodicho bachiller en esta cara, que es la cara de vuestra señoría, porque vuestra señoría representa aquí al rey, y yo tambien le represento, aunque en grado mínimo, como mínimo ministro de justicia.

—Pues ahí me las den todas, dijo riendo el alcalde Portocarrero al soltar esta frase, que ha venido á ser un adagio vulgar.

—Pues yo pido un escarmiento, ó no habrá justicia en la tierra, y nos maltratarán á todos los oficiales de justicia que servimos lealmente al rey nuestro señor.

—¿Pero qué ha sucedido? dijo ya seriamente el alcalde Portocarrero.

—Lo que sucede es que allí en la pastelería se van á matar; porque por la María Juana, que en mal hora vino al pueblo, el bachiller Corchuelos y Gabriel de Espinosa el pastelero, están espada en mano, y están revueltos en la broma sin lograr que los respeten tres señores principales, tres príncipes ó duques que han venido de Portugal, y van acudiendo estudiantes y pelaires, y se va á armar una, que como vuestra señoría no lo corte á tiempo, el suceso va á ser tal, que se va á quedar en mantillas lo del 15 de agosto.

Y como obedeciendo á un impulso superior á sus fuerzas, Anguila se volvió y apretó á correr hácia la pastelería con un trotecillo menudo y ridículo, pero con una velocidad inaudita.

—Uno, al momento, que vaya á avisar á los otros cuatro que vengan; dijo el alcalde Portocarrero, y dió á correr tambien acompañado de Pedralva y del otro alguacil, y contento porque le habia caído que hacer, hácia la pastelería, á la cual, en efecto, iban llegando algunos estudiantes y algunos menestrales, y dentro de la cual se oían voces acaloradas.

III.

Veamos por qué causa habia recibido aquella descomunal bofetada el corchete municipal Periquete Anguila.

Era aquel dia dia de Santa Obdulia, y habia en una capilla de la iglesia parroquial una imágen de esta vírgen y mártir, á la que se tenia por milagrosísima en la